

«Mientras explicaba en clase y me interaccionaba con los alumnos, jugaba al papel de hombre bueno. Cuando evalué a solas un examen, se me pone cara de juez»

## TIEMPOS FINALES

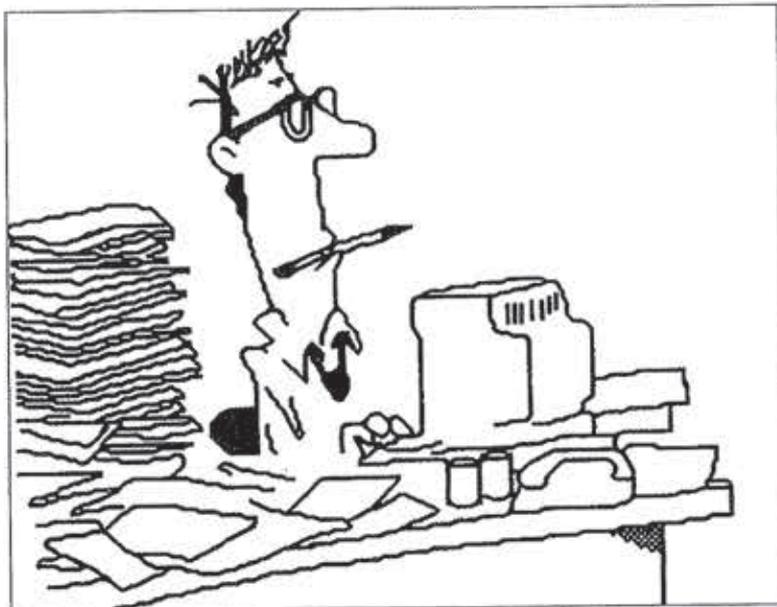
— Fernando Pariente —

El mes de junio es el mes del balance escolar. Ha pasado un curso entero lectivo; alrededor de 175 días de clases. Muchas horas para recibir explicaciones, orientaciones, consejos... Mucho tiempo de trabajo personal. Es tiempo de cosecha, de recogida de frutos. También tiempo de reflexión.

### Tiempo de padecer

Desde la vertiente del profe es tiempo de sufrir correcciones. Por estas calendas tienen lugar los enfrentamientos finales con eso que ahora llamamos evaluaciones, que antes le decíamos notas y que, en cualquier época significa exámenes, es decir, para muchos alumnos tiempo de atracones nocturnos de estudio, nervios, y, a posteriori, frustraciones en el cole y tensiones en casa.

Aunque algunas veces no lo parezca, y algunos estudiantes no se lo crean, la mayor parte de los profes no lo pasamos bien en esas circunstancias. Yo ahora puedo confesarlo porque hace ya algún tiempo que he colgado la toga magistral



y, desde luego, nada echo menos en falta la obligación ineludible de medir lo que los alumnos habían aprendido conmigo ¡Cuántas veces la monotonía de ejercicios, apilados sobre mi mesa, habrá sido blanco de huidizas ojeadas angustiosas! ¡Cuántas dilaciones y excusas antes de coger al toro por los cuernos y emprender la tarea de corregir! Nadie sabe la cantidad de resistencia visceral a empuñar el bolígrafo rojo que habré tenido que vencer, justo al límite del tiempo.

La profesión de docente es una de las que provoca más stress. Alguien podría pensar que la tensión derivada de la relación con los alumnos en el aula es la

fuerza principal de esa fatiga, porque entre la gente joven los hay siempre dispuestos a divertirse a costa de los demás. Pero yo creo que no hay peor tomadura de pelo que comprobar lo poco que a veces sirve el esfuerzo personal. La peor burla es una hoja de examen en blanco; no hay carcajada que se oiga tanto, a pesar del silencio absoluto de un despacho.

Corregir exámenes es una tarea temida por el profesor. Ocupa muchas y largas horas, con

frecuencia robadas a los días de descanso personal. Necesita mucha concentración, por la reiteración de la información que se lee una y otra vez en cada examen. Suscita, mientras se hace, una sorda desconfianza de fondo: ¿no existirán otros métodos mejores de conocer lo que los alumnos saben?

Todo esto no hace más que revelar que la función de evaluar es la más difícil y comprometida que se le presenta al docente. Mientras explica, dirige o enseña establece interacciones positivas con los alumnos; se relaciona con ellos como quien posee algo que está dispuesto a compartir; juega un papel de hombre bueno.

## Tiempo de veredictos

Cuando evalúa, sanciona; le es necesario ponerse en actitud de juez cuyos veredictos tienen consecuencias positivas o negativas sobre los inculcados. Y esta realidad se convierte en tanto más grave, cuanto más implicaciones subsiguientes se derivan de ella. El profesor, si ha evaluado bien, que no siempre ocurre así, no es responsable, ni está en posición de controlarlas, pero las consecuencias están ahí inevitablemente. Suspender a un alumno en matemáticas no es simplemente certificarle que no tiene conocimientos suficientes para aprobar; es condenarle, por añadidura inexorable, a un problema doméstico en cuanto llegue a casa con el boletín de calificaciones.

En el futuro el problema puede degenerar, si la evaluación negativa se mantiene, en un embrollo familiar o económico... o sabe Dios qué.

La obsesión por la evaluación suele llevar a los profesores a dedicar gran parte de su tiempo a este tema. Preparar preguntas, cuestiones, problemas, buscar formas nuevas de controles para que no se parezcan a los anteriores, inventar tests de preguntas objetivas... y corregir, corregir y corregir, en eso se consume su tiempo y ahí se acaba su tarea. La acción de medir se ha impuesto sobre la de llenar y el alumno, consiguientemente, se ha convencido, por la fuerza de los hechos, de que contestar correctamente es más importante que aprender.

Comprendo que es muy difícil encontrar el equilibrio adecuado en este tema. Sé que es indiscutible que la medición de los objetivos alcanzados forma parte necesaria del proceso de conocimiento y no ignoro que el aprendizaje a partir de los errores es un método eficazísimo. Sin embargo, creo que resultaría a la larga mucho más provechoso para los alumnos el que los profesores dedicáramos menos tiempo a diseñar y ejecutar evaluaciones y más a pensar cómo podríamos hacerles las materias más interesantes, qué estrategias podríamos emplear para explicárselas con más claridad, dónde se podrían encontrar en el entorno elementos de refuerzo del aprendizaje, cómo buscar métodos más eficaces de trabajo en grupo... y otras mil circunstancias del complejo camino de enseñar que están pasando desapercibidas o son difuminadas por un ansioso complejo de medir y medir los resultados.

Ser profesor es mucho más que ser examinador.



## Tiempos de largar culpas a los demás

Si miramos las cosas desde la vertiente de los alumnos, nos encontramos con que, al final, algunos cosechan unas bien merecidas calabazas. Todos pasan el año preparándose para ser evaluados, pero unos ponen todo su esfuerzo desde el primer día, mientras otros esperan hasta al final para pegarse las grandes palizas y tratar de recoger todo lo que se ha ido quedando en el camino, a medio hacer, olvidado.

Antes del veredicto final, los profesores han sufrido muchas presiones ambientales para emitir su juicio. El alumno es el primer sujeto digno de compasión. La posibilidad de un verano de largos días de ocio y rosas, con el futuro claro y el horizonte limpio, se esfuma. En su lugar se impone la cruda realidad de tener que empezar de nuevo, con toda la materia de las asignaturas suspensas sobre las costillas y con el invencible temor de jugarse el todo por el todo, a una sola carta y en una única oportunidad de setiembre.

Una perspectiva nada halagüeña, capaz de provocar la depresión de cualquiera. De ahí que el recurso de echar la llorada pueda convertirse en el último clavo ardiendo al que agarrarse antes del naufragio. A veces se le conmueve al profesor alguna fibra de la entraña y puede dar resultado, al precio de aguantar un sermón cuyo último objetivo busca más tranquilizar la conciencia del docente que conseguir la corrección y eficaz propósito de la enmienda del discente.

Después está la familia. También los progenitores, que suelen estar sometidos

como el resto del personal a la dura ley del trabajo, tienen derecho a un merecido descanso estival para engañar al estrés de cada día con el oasis de unas semanas alejadas de la geografía y las preocupaciones habituales. La cosecha de "cates" en verano perturba gravemente estos planes. Trasladarse al lugar soñado durante todo el invierno con la maleta atestada de libros, ya no es lo mismo... y, sobre todo no es, ni mucho menos, igual la perspectiva de tener que entablar, cada luminosa mañana de las vacaciones, una dura batalla casera para conseguir que el niño se ponga eficazmente de codos sobre la mesa y concentre su atención en los problemas de los números. En fin, que las añoradas vacaciones pueden convertirse en una pesadilla, con lo que se demuestra que los suspensos de junio son, en realidad, un castigo para los padres.

## Tiempos de pedir indultos

Finalmente está también la economía. Con planes de vacaciones o sin ellos, preparar las pruebas de setiembre necesita del desembolso de unas clases particulares. Si el niño no consiguió dominar la materia en diez meses de curso, asistiendo puntualmente al centro escolar, difícilmente podrá conseguirlo en dos meses de verano, sin ayuda de nadie. En resumen, más dinero extra que añadir a los abultados presupuestos del verano.

Así que, impulsados por todos estos motivos, también los padres de los alumnos en apuros pueden dejarse caer por el despacho de los profesores para tratar de defender los intereses de sus hijos y conseguir una especie de indulto académico "in artículo mortis".

En estas fechas del mes de junio muchos profesores se encuentran contemplando desesperados una balanza en la que se desequilibran sin remedio dos platillos, uno cargado con todas estas consideraciones y el otro con la pesada vaciedad de la ignorancia. Yo estoy seguro de que muchos de ellos, en su fuero interno, desearían no convertirse en los malos de la película y buscan hasta en lo más recóndito algún motivo académico para justificar la benignidad. Habrá otros a los que no les tiemble el pulso a la hora de evaluar con todos sus criterios de justicia y apliquen sus baremos caiga quien caiga. Pero creo francamente improbable que un alumno que sepa una asignatura sea evaluado de forma negativa al finalizar un curso.

Viene esto a cuento de una encuesta, recientemente publicada, en la que se afirmaba que cerca de un 30 % de personas creen que los profesores se equivocan al evaluar a sus alumnos. Ciertamente es un porcentaje muy alto, aunque en la encuesta no se revele en qué consisten los errores. ¿Se equivocan los profesores porque suspenden cuando tienen que aprobar? ¿Se equivocan porque califican más bajo de lo debido o porque lo hacen más alto? ¿O es, quizá, porque aprueban cuando deberían de suspender?

En mi opinión es mucho más frecuente el caso de alumnos que son aprobados a pesar de no acreditar los conocimientos considerados necesarios en una asignatura, que lo contrario. A veces esta circunstancia constituye un grave error, sobre todo si se trata de alumnos bien capacitados intelectualmente a los que se aboca, sin motivo, a un estado de ignorancia que puede limitar gravemente sus futuras posibilidades de desarrollo personal. El rigor en ese caso debe ser de agradecer, por más que suponga algunos molestos inconvenientes. Otras veces no lo es, porque la misión de un profesor no es solamente académica, es una delicada tarea humanista que no puede permitir la limitación de su horizonte por meras consideraciones académicas.

## Tiempos de clases particulares

En los albores del verano, conforme se acercan las evaluaciones finales, se multiplican en las secciones de anuncios por palabras de los periódicos los mensajes ofreciendo clases particulares de cualquier asignatura. También es normal que aparezcan los mismos tipos de anuncios en los escaparates de tien-

das frecuentadas por amas de casa o en los tabloneros de anuncios de Supermercados.

Esta avalancha de ofrecimientos pone de relieve dos cosas graves: por una parte, la cantidad de profesores y licenciados en situación de paro que se ven obligados a recurrir a este modo de subsistencia, o, en otros casos, de profesores que se ven obligados a complementar su insuficiente retribución; y, por otra, la cantidad de niños con problemas escolares que se convierten en clientes asiduos de este mercado.

Las posibilidades que se ofrecen son variadas: desde las Academias clásicas, en las que se reproduce con fidelidad el

modelo de las aulas escolares, con profesores de distintas disciplinas explicando a grupos de alumnos, hasta el profesor que se desplaza a la casa de su pupilo para asegurar la individualización de la atención.

Muchos padres, a la vista de las notas de sus hijos, se encuentran ante el dilema de cómo proceder para intentar salvar "in articulo mortis" el resultado final de un curso. A veces el refuerzo fuera del tiempo escolar puede resultar una ayuda, pero eso sólo ocurre en algunos casos; la mayor parte de las veces con las clases particulares sólo se palián los problemas de los profesores, pero no de los alumnos.

## Consejos prácticos para padres en vísperas de catástrofes académicas

No suele ser frecuente que se aborde desde las publicaciones pedagógicas el tema de las clases particulares. Ofrece la apariencia de una realidad vergonzante que la escuela pretende ignorar, aunque se trata de un síntoma que merecería la pena analizar como prueba de disfuncionamiento del sistema.

También es una fuente de desorientación para los padres. Cuando llegan los tiempos de búsqueda desesperada de remedios para situaciones de catástrofe escolar aparecen las clases de refuerzo como el último clavo ardiendo al que agarrarse. ¿pero sirven para algo en realidad?

Pensando en estas situaciones, y por si a alguien le sirven de ayuda, aventuro algunos consejos de recetario, que tienen el defecto de ser precisamente eso, recetas.

- **No envíe nunca a su hijo a una clase particular sin haber hablado antes con su tutor y con el profesor que explica la asignatura.**
- **Cuando su hijo necesite una ayuda especial, aclare con la mayor precisión posible el alcance de esa necesidad, busque la persona idónea para prestársela y siga de cerca el proceso de recuperación.**
- **Si la ayuda es verdaderamente necesaria, evite las "chapuzas" para salir del paso. Es mejor la intensidad en espacios temporales breves, que la prolongación innecesaria de los situaciones de emergencia.**
- **Considere siempre el apoyo como algo transitorio que forma parte de un proceso de recuperación; no permita que su hijo se duerma en ella, ni que la considere como su sistema normal de progreso escolar.**
- **Si el problema es que su hijo no trabaja suficientemente, no le ofrezca de ningún modo una clase de refuerzo; busque otro estímulo menos problemático.**
- **Es posible que para su hijo resulte mucho más divertido distraerse en clase, donde están sus amigos y compañeros, y dedicar después su tiempo de casa a aprender las matemáticas con otro profesor, pero Ud. no debe dejarse coger en esa trampa.**
- **Muchas veces la mejor ayuda especial que se puede ofrecer a un hijo es la de convencerle de que él es capaz de superar sus problemas escolares si aprovecha eficazmente y con constancia todos los medios normales que tiene a su alcance.**

De todas formas siempre hay que tener en cuenta que no es conveniente para la buena salud escolar de los alumnos pretender arreglar en el mes último los desajustes de todo un curso. Este síntoma se hace mucho más grave cuando se reitera sucesivamente a lo largo de varios cursos. Al final acaba siendo siempre fatal.